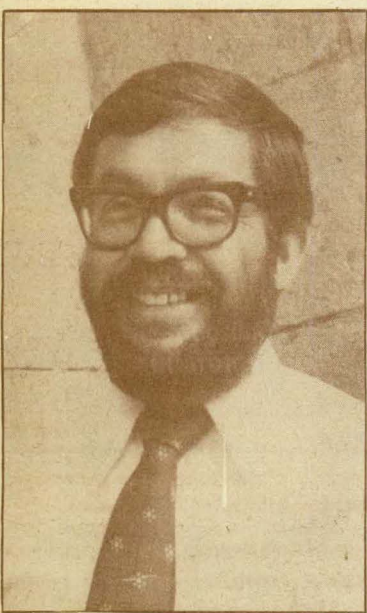


En Gobernación

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



La primera semana de enero dejó dos relevantes huecos en la Secretaría de Gobernación. Uno de los tres subsecretarios renunció de manera inesperada. Y el oficial mayor se fue también, aunque éste por una circunstancia largamente esperada por él, pues se le hizo candidato al gobierno de su estado natal. Cuando este número de **Siempre!** esté circulando quizá se conozcan ya los nombres de los sucesores, que se había demorado en dar a conocer, al contrario de lo que suele ocurrir, pues normalmente la noticia sobre dimisiones o remociones va acompañada por la de los nombramientos consiguientes.

Fue magra la información sobre la renuncia de Jesús Roberto Dávila Narro, el muy joven subsecretario dimitente. Es el segundo funcionario de ese rango que se va de la Secretaría en menos de un año. El primero fue Javier Wimer, notoriamente alejado de las confianzas del secretario, que se encargaba de los asuntos relativos a la comunicación social. Lo reemplazó el coordinador de proyectos legislativos, Fernando Pérez Correa, con lo que la fuerza del titular del ramo creció en el interior de su ministerio, pues ya se sabe que los secretarios deben admitir, en grado mayor o menor las designaciones que el Presidente de la República haga de sus subsecretarios.

Por ejemplo, el presidente López Portillo nombró subsecretaria de Gobernación a la inteligente y hermosa abogada veracruzana Luisa María Leal Duk, ahora embajadora de México en Costa Rica. Debía encargarse, conforme a un proyecto no concretado entonces ni ahora, de temas relacionados con la demografía, rubro en que la funcionaria tenía experiencia. El secretario Reyes Heróles no pudo rehusar el nombramiento, pero dificultó de tal modo sus tareas a la subsecretaria que le fuera impuesta, que ésta finalmente dimitió de su cargo. Algo semejante, aunque con diferencia de estilos, había ocurrido con Wimer, a quien se entregó una área de trabajo cuyas principales porciones le estaban sustraídas por el hecho de que los directores de Información y de Radio, Televisión y Cinematografía acordaban directamente con el secretario. Por ser un personaje cercano al presidente De la Madrid, se puso especial cuidado en avisar, cuando su renuncia, que había sido designado asesor especial del propio Ejecutivo, si bien poco tiempo después asumiría la dirección de los libros de texto gratuitos en la Secretaría de Educación Pública.

Con Dávila se manejó la información con la austeridad que el gobierno ha recomendado de nuevo. Es decir, se ahorró toda explicación. El hecho de que Dávila fuese coahuilense y que su despido (pues sonó) a eso ocurriera en momentos de gran tensión en su entidad natal, dio pábulo a que se vinculara una circunstancia con la otra, en diversos y encontrados sentidos. Cuando las explicaciones conjeturales en esa línea no prosperaron, entonces se pasó a hallarlas en otros rumbos, como el ineficiente manejo de las cuestiones que le habían sido confiadas, o la deficiente relación que el subsecretario guardaba con otros funcionarios de la Secretaría. De cualquier modo, la noticia sorprendió, porque era conocida la estrecha relación que desde hace quince años por lo menos vinculaba al secretario Bartlett con el único subsecretario que, al comenzar el gobierno, era reputado como parte de su círculo personal. El tercer subsecretario, don Jorge Carrillo Olea, es amigo del presidente De la Madrid desde la época en que ambos fueron subsecretarios de Hacienda,

a finales del régimen de Echeverría. Carrillo Olea, que hasta esa designación había sido jefe de la sección segunda del estado mayor presidencial, y carecía por lo tanto de experiencia en menesteres administrativos del nivel en el que de pronto se encontraba, encontró prudente confiarse a la experiencia del subsecretario De la Madrid, y se inició entonces una relación personal que continúa.

Tampoco el oficial mayor era persona cercana al Secretario. Como Carrillo Olea, Rafael Corrales (Ayala) Espinosa coincidió también en Hacienda con el subsecretario De la Madrid cuando volvió en 1977 de su exilio en Washington, donde fue asesor del presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, Antonio Ortiz Mena, que a su vez había sido jefe del ahora Presidente de la República (por el hecho de que la primera cita en el célebre opúsculo titulado "Desarrollo estabilizador" corresponde a un trabajo de De la Madrid, hubo quien creyó que él había sido, en realidad, el autor del texto firmado por Ortiz Mena que fue la explicitación a posteriori de sus políticas financieras y monetarias).

Pero Corrales Ayala tiene una presencia larga en los círculos políticos. Su padre era personaje influyente en Guanajuato, por lo que antes de cumplir veinticinco años (y después de haber cursado simultáneamente derecho y filosofía en la UNAM), su hijo y homónimo resultó representante del gobierno de aquella entidad en el Distrito Federal, cuando en 1949 la elección de José Aguilar y Maya puso fin a la inestabilidad del sexenio anterior, en que cuatro gobernadores se turnaron la estafeta. Al mismo tiempo, Corrales Ayala era funcionario de la Universidad. En la campaña de Ruiz Cortines sobresalió como orador, y en esa época debe haber surgido una diferencia entre él y el también joven priísta Luis Echeverría, pues cuando éste fue Presidente cortó la carrera de aquél, que por eso debió refugiarse en el BID.

Pero en el ruizcortinismo le había ido muy bien: fue jefe de prensa de la Presidencia y de la Secretaría de Gobernación; secretario general del PRI y, a los treinta años, diputado federal por primera vez. López Mateos lo hizo presidente del Tribunal Federal de Arbitraje y luego secretario general de Turismo. Con Díaz Ordaz conoció al fin la permanencia estable en una tarea, pues se ocupó de dirigir la Lotería Nacional durante los seis años de 1964 a 1970. Cuando regresó de Washington, entró en la Secretaría de Hacienda en funciones bancarias menores, pero en 1979 entró por segunda vez en la Cámara de Diputados, esta vez para ser secretario de la Gran Comisión presidida por Luis M. Farías, que como él había sido jefe de prensa en Gobernación y diputado en la misma legislatura que marcó el debut parlamentario del futuro gobernador de Guanajuato.

Un político profesional como él hubiera querido ser gobernador hace mucho tiempo. Ahora que le ha llegado la oportunidad las cosas no serán fáciles como hubiera sido en los años cincuenta, sesenta y aun setenta. Ahora, el alcalde de la capital pertenece a la oposición, y en varios puntos del estado hay conflictos no resueltos. El anterior gobernador elegido fue depuesto y uno de sus principales colaboradores está en la cárcel, con lo que se practicó una incisión profunda en el sector político local, nada de lo cual ayuda a la tranquilidad de quien aspire a la gubernatura.

Por lo que hace a la designación del nuevo subsecretario, se mencionaba como probable sucesor de Dávila Narro (a quien también podríamos ver resucitado en la próxima legislatura) al director de Gobierno, Fernando Elías Calles, a quien Bartlett llevó a ese cargo en 1983, cuando el primer ocupante del puesto, Alejandro Sobarzo Loaiza ocupó el escaño senatorial que dejó vacante el desafuero de Jorge Díaz Serrano. También ha sido diputado federal, y como jefe de los delegados de la SEP en el sexenio anterior adquirió una rica experiencia en el manejo de situaciones políticas locales. No falta quien piense, empero, que la vacante podría quedarse así indefinidamente: ¿no acaso el Presidente instruyó a sus colaboradores para que ahorren?